

NUESTRO TIEMPO

PERENNIDAD DEL TOMISMO

La historia de la filosofía aristotélico-tomista permite y hasta entraña la comprensión y fundamentación de la auténtica esencia de la realidad, precisamente porque el tomismo —y el aristotalismo en la medida de su perennidad y supervivencia incluida en el desarrollo de aquél— no es un sistema —uno de tantos— sino la sistematización de la verdad de las cosas —también de la inteligencia—, la síntesis organizada sobre y de acuerdo a las exigencias de la realidad. Algunos filósofos parecen haberse propuesto como valor supremo de sus investigaciones la *originalidad*, otros la *problematicidad*, quienes la *independencia e inmanencia de la inteligencia* frente a su objeto o la *autonomía moral de la voluntad*, sin que pretendamos negar a estos filósofos —nos referimos naturalmente a los que merecen el nombre de tales— hayan buscado también la verdad. Sin embargo, la inquisición de la verdad no aparece como la preocupación sobresaliente de sus investigaciones, y en todo caso nunca como la única. Pero hay un sistema distinto de todos los demás, que ha buscado *únicamente la verdad* y que ha logrado alcanzarla en una síntesis orgánica, en sus puntos fundamentales al menos: es el *tomismo*. De ahí su frescura y *perennidad*, como la verdad que encierra, llegada hasta él por la savia misma del ser del que se nutre e incorpora. Sus principios son eternos como la verdad del ser que los engendra. Porque el tomismo no es más que la comprensión —no racionalista sino intelectualista-conceptual, en la medida que él mismo se encarga de precisar, de acuerdo siempre a las exigencias del ser— de la realidad en toda su gama ontológica; una inteligencia vuelta y alimentada por el ser, por todo el ser, que logra de este modo la cohesión de un pensamiento orgánico como la realidad armónica y total que expresa y con la que está vital e intencionalmente identificada. El tomismo es el ser aprehendido en lo que es, en la medida abstractiva y analógica de los pobres conceptos humanos.

Por eso también no es un sistema acabado. Lo está en sus principios, en las líneas generales de su estructura, en una palabra, en lo que hemos dado en llamar *su espíritu*, en su posición fundamental realista e intelectualista de una inteligencia sostenida y sometida al ser, insertada en las entrañas mismas del ser, posición que no es sino la fundamentación filosófica, la justificación racional de las tendencias más profundas e incoercibles del espíritu humano y del hombre todo, de esta pre-filosofía o filosofía en germen que es el sentido común. Pero a la vez y en fuerza de esos mismos principios, permanece siempre abierto y anhelante del



Deus meus, ne sileas: ne discedas a me.

El Evangelio de la Dominica undécima después de Pentecostés (11 de agosto) refiere la curación del sordomudo.

ser, en continuo desarrollo, aplicado a la solución de los nuevos problemas ontológicos y al esclarecimiento de los aspectos inexplorados del ser, para incorporarlos a su sistema. Y el ser presenta de continuo inagotables facetas que aprehender en extensión y en profundidad.

Esta singular situación del tomismo, de *perennidad* en su estructura y de *progreso* en su material asimilado, permite al investigador tomista contemporáneo, al par que la *fidelidad* a los principios del Doctor Angélico —invariables en su valor como lo inmutable del ser que expresan—, la *originalidad* y el *esfuerzo personal*, el avance en la verdad mediante una mayor penetración en las entrañas del ser, que ofrece para cada siglo y para cada época nuevos problemas y siempre en los problemas eternos de todos los tiempos, cada vez más profundos planos que iluminar y aprehender. Más, al ahondar con aquellos principios los mismos problemas del Aquinate o adentrarse en los senderos todavía —en todo o en parte—

inexplorados, las conquistas del ser —que son las conquistas de la verdad— así logradas en hondura o en extensión, vendrán a incorporarse a esta síntesis armónica y siempre abierta del tomismo, en donde encuentren su precisa ubicación, como si se les hubiese estado aguardando de antemano. Nada hay que venga del ser, y consiguientemente *verdadero*, que no sea incorporable al tomismo; más, que no lo reclame y exija él como suyo, como patrimonio de su herencia, desde que el tomismo no es sino la aprehensión del ser inteligible y sistemática del ser en sus constitutivos intrínsecos y en sus causas extrínsecas. De ahí arranca, como de su raíz, su perennidad —como la verdad del ser— y por otra, su continuo crecimiento, no por un eclecticismo de yuxtaposición, muerta, sino por una asimilación orgánica. De ahí también esa facilidad conatural con que las conquistas de la realidad asimiladas por la inteligencia se ajustan e incorporan a la síntesis tomista y se avienen a las exigencias de sus principios, que a las veces y a primera vista semejantes desenvolvimientos y crecimientos doctrinales parecerían estar ya contenidos en las mismas fórmulas del Angélico Doctor, quien en ellas, en su universal justeza y en principio —ese es su mérito— las había alcanzado de antemano como en germen. ¡Con tan gran fidelidad al ser y a sus exigencias han sido ellas expresadas por el Aquinate, que todo lo que es del ser, todo nuevo aspecto que se tiene de él o en que se ahonde, resulta encontrarse dentro de las exigencias de aquellas y encuadrarse justamente en sus líneas!

Todo esto nos lleva a la conclusión de que el más auténtico discípulo de Santo Tomás no es precisamente quien repita fielmente sus principios con una intelección más o menos exacta de su contenido; sino quien posesionándose y armándose de ellos, asimilando en toda su comprensión y en toda su fuerza, su espíritu —sin claudicaciones y desviaciones, por otra parte— ahonde en su alcance —*progreso en profundidad*— y proyecte su luz sobre nuevos problemas —*progreso en extensión*—; y también de que es espiritualmente más tomista el filósofo, que sin conocer a Sto. Tomás y sin deformar *contra naturam* el sentido esencialmente trascendente y realista del espíritu —de la inteligencia y voluntad, hechas para el ser, como verdad y bien respectivamente— trabaja por penetrar más y más en las estructuras o esencias del ser, que el tomista en posesión tranquila de una verdad que no alcanza a profundizar y enriquecer. Aquél encontrará en su término como conaturalmente, el tomismo; éste corre el riesgo de extraviarse y perder el sentido y el alcance de la doctrina que profesa, reteniendo tan sólo las fórmulas muertas —que repite sin comprender— de un sistema *vivo*, y en continuo desarrollo vital, como que es la misma inteligencia en posesión de su objeto, cual es el tomismo.

OCTAVIO N. DERISI.

SUMARIO

OCTAVIO N. DERISI: *Perennidad del Tomismo*. — JUAN MIGUEL BARGALLÓ CIRIO: *Ubicación de la Política*. — FEDERICO IBARGUREN: *Analogía de la Historia. La Reconquista*. — SANTIAGO DE ESTRADA: *En la Asunción*

de la Santísima Virgen. — JULIO MEINVIELLE: *Cultura y Educación*. — TOMÁS DE LARA: *Inmigración y Radicalismo*. — JUAN ANTO-

NIO BALLESTER PEÑA: *Dibujos de la Santísima Virgen y de "Deus meus, ne sileas: ne discedas a me"*. — ECONOMÍA. — RESEÑA DE LECTURAS. — *Vineta de José M. CANTO*.

UBICACION DE LA POLITICA

Dijimos de la existencia humana, que era conjuntamente subsistencia y asistencia. Subsistencia en la conservación de un núcleo ontológico a través del tiempo. Asistencia en la concurrencia inevitable de un entorno, que rodea y sostiene la vida humana. Núcleo, que en el proceso de su desarrollo permanece el mismo. Entorno que aparentando ser el mismo, cambia constantemente. Existencia humana que depende en dilatada medida de esa circunstancia que la aprisiona, y circunstancia que en alguna medida se sujeta a su propio prisionero que contribuye a crearla.

Todo esto es sin duda irremediabilmente elemental, pero los elementos, piedras angulares de los compuestos, son casi siempre los que menos se muestran por sí mismos. Elementos o fundamentos cumplen de ordinario la escondida función de soportes.

Nos interesa aventurarnos en la pesquisa de esos soportes o últimos elementos en que toda política se resuelve. No pertenece la política al orden de los procesos que se cumplen en la inmanencia del ser humano. Es indudablemente proceso humano pues se origina en el hombre y apunta al hombre. Es por tanto y por de pronto, acción y pasión humanas. Participa la política de esa movilidad, de ese desasosiego, de esa complejidad propias de las cosas humanas. Participa también de ese algo irreductible e imponderable que hará fracasar siempre cualquier intento de considerar la política como ciencia exacta; la libertad humana, y más aún el destino humano.

La política se mueve en esa movilidad general que acompaña todo el orden de las cosas creadas, que no son y comienzan a ser o dejan de ser, y que por ello, aún siendo, no son enteramente. Se mueve en esa complejidad que reside en el misterio que da al hombre su peculiarísima ubicación en el universo, su condición de compuesto espiritual y corporal logrado en la unidad de una substancia. Misterio del espíritu que comunica el acto de ser a la materia que informa y en la que subsiste.

En cuanto creado recibe el hombre su ser, pero en cuanto hombre y siquiera parcialmente y a título de causa segunda, goza de la facultad y prerrogativa de *hacerlo*. Es ese hacer o desenvolver de su propio ser, la tarea en la que consciente o inconscientemente el hombre vive. La vida humana es en última instancia el proceso logrado o frustrado que va de ser hombre a devenir plenamente hombre. Un plenamente donde el acento queda puesto en la intención y el deseo, mucho más que en la realidad de lo alcanzado por la operación.

En el camino de la vida, medida del tiempo que le es dado, no se encuentra por cierto el hombre en la situación de la "monada" cerrada e incommunicable que imaginara Leibnitz; aquel hermético compartimiento sin puertas ni ventanas, irresistiblemente proyectado en la línea de su órbita. Su camino y su proceso por el contrario, forman parte de un general itinerario propio de cada ser en cuanto nadie puede recorrerlo por otro, pero común en mayor o menor medida con el que otros seres deben recorrer, según la peculiar naturaleza de cada uno. No se trata entonces de avanzar en línea recta hacia la meta, sino de buscarla en medio de ese general movimiento que engloba y comprende el universo íntegro. Ese general movimiento puede servir de apoyo al particular movimiento de cada uno, o éste a la inversa puede verse forzado a actuar como fuerza que corrige o compone la dirección de la marcha general.

En todo este proceso o devenir se alternan y suceden las acciones y reacciones, y al producirse y sucederse, manifiestan y crean relaciones. Relaciones que se traban y se estrechan desde el mismo momento en que el

hombre puede ser considerado tal. Así como la razón distingue al hombre y asume dentro de él las formas que le son inferiores, así la racionalidad informa también o se halla en potencia de informar todas las relaciones humanas. Por la razón el hombre alcanza su plenitud de ser, por la razón las relaciones que la naturaleza le enseña, y las que el mismo con su propio artificio crea, y entre todas las cuales se recrea, alcanzan también su plenitud de sentido. Ello no quita que así como lo racional se apoya en el sólido pedestal de lo animal, así lo racional de las relaciones humanas fundamentales, se apoye también de ordinario en el terreno oscuro pero compacto de todas las fuerzas y potencias infraracionales. En el hombre lo racional no es sustitución de lo animal, sino asunción, que importa conservación de lo asumido bajo una forma nueva de mayor jerarquía ontológica. Y con este dato debe contar toda política. El rescate del espíritu, inmerso en la materia, que es deber perseguir individual y socialmente, no consiste en separarlo de ella, sino en contribuir a que la informe y levante, sobreponiéndose a ella y sobrellevándola. De aquí la profunda naturaleza espiritual de la política. Espiritual no porque toda política sirva al espíritu en la forma que dejamos indicada, sino porque toda política atañe siempre al espíritu, incluso hasta cuando quiera desentenderse de él, ya que entonces lo dejará mutilado e inconcluso. El bien común temporal, es en definitiva, bien común de los espíritus en la vida del tiempo.

Para ubicar precisamente el ámbito propio de la política y de sus relaciones, quizá no resulte desacertado revistar el conjunto de relaciones que contribuyen a dar consistencia y concurso a la vida humana. Porque como ya lo dijimos, la limitada y quebradiza existencia humana sólo se posibilita por las diversas asistencias que la sostienen. El hombre se encuentra *siendo*, pero toda reflexión sobre su existencia le pregonara su propia contingencia, y al hacerlo lo pone en la pista de su relación con Dios. Dios que crea y conserva —creación continuada— el ser humano. Relación con Dios que es más ser que nuestro ser, en cuanto nos muestra y designa como realmente somos, o sea como pendientes de su omnipotencia y providencia. Dios que es el fin, sale al encuentro de los peregrinos desde antes que inicien su vía, para permitir que éstos lo busquen y persigan. San Bernardo en una de sus invocaciones indica precisamente el modo como Dios opera con el hombre, "Ea pues Señor, buscad a quien amáis, para hacerle a él amante de vos y diligente en buscaros".

Se relaciona el hombre con los otros hombres en cuanto su vida no es sólo peregrinaje sino *peregrinación*, obra común en la cual el esfuerzo de cada uno puede facilitar el progreso de todos los otros. Se relaciona el hombre con las cosas en cuanto su vida no consiste en deslizarse sutilmente por el espacio etéreo, sino en un penoso arrastrarse a ras de tierra donde las cosas obran como puntos de sustentación y desgarran el avance. Frente a hombres y cosas, pero al propio tiempo con ellas, debe ganar el hombre su propia intimidad, no para cerrarse sobre sí

mismo, sino para ponerse sobre la línea que de la intimidad conduce a la amistad, que consiste antes que en exterior comunicación, en vital y caritativa entrega, para cumplirla cual es menester haber previamente conquistado el propio ser.

Relación de señorío y dominio sobre las cosas, y también de señorío sobre nosotros mismos en cuanto puestos frente a las cosas. Relación de amistad, de unión y de común camino y destino con los hombres. Relación de sujeción a Dios, por la cual sin dejar de ser Absoluto nos hace a su respecto relativos.

Además, conviene observar que todas estas relaciones se anudan y entretrejen a través de todos los seres, y no sólo directamente entre el hombre y cada una de las realidades que frente a él hemos considerado. Así la relación con Dios puede entablarse a través de las cosas mismas, por cuanto ellas sirven de signos sensibles por los que nos llega la virtud espiritual de la Gracia. Relación con Dios a través de los hombres ya que cada cristiano vive de la vida del Padre en cuanto unido a Cristo que es el Hijo del Hombre, y al unirse a él se une con todo su cuerpo místico. Relación con los hombres a través de las cosas porque en su utilización y aprovechamiento ha de imperar un orden, que delimite lo propio de cada uno. Quede ello señalado siquiera de paso para poner de manifiesto lo artificial de una consideración que pretenda no sólo distinguir, sino aislar rigurosamente cada orden de relaciones.

En el comportarse del hombre en cuanto hombre, en el obrar según aquel principio que lo hace tal, existe sin duda una unidad, que responde a la unidad del principio espiritual que especifica al ser humano, y que se manifiesta sea cual fuere la realidad a la que se dirige el operar humano. Pero ese comportarse en cuanto se aplica a algunas de las particulares relaciones en las que el hombre aparece vinculado, exige una operación distinta adecuada a la naturaleza del objeto a la que se aplica. La relación de los hombres entre sí y en tanto la relación vea en cada ser relacionado al hombre, constituye la vida social. De la trama de relaciones que supone la vida humana, presenta ésta de la vida social la característica particular de ser la que se ubica en el nivel ontológico del hombre. Son entonces realidades semejantes las que se encuentran y vinculan en la relación. Semejantes y no idénticas, pues caso de serlo toda relación sería imposible fuera de la identidad, la cual constituye una relación lógica y estática, cuando por el contrario la vida humana exige relaciones reales y dinámicas.

A diferencia de la que entabla con sus semejantes, las relaciones del hombre con Dios o con las cosas se apartan, —ya sea por encima o por debajo— de su nivel ontológico propio. Por esto es que en un orden jerárquico, a la relación con Dios deben sujetarse y subordinarse todas las otras relaciones, las cuales constituyen también en definitiva relaciones con Dios entabladas a través de los seres creados. Esto implica que para el hombre la política debe moverse en forma tal que se ordene a la religión. No otra cosa importa la primacía de lo espiritual sobre lo temporal afirmada por la Iglesia frente al Imperio,



la cual exige no sólo un ordenamiento político que no se oponga a los derechos de Dios y de la Iglesia, sino uno que positivamente favorezca el pleno y libre ejercicio de los mismos, mediante la creación de condiciones temporales congruentes a ese efecto. Por aplicación del mismo orden jerárquico la relación con las cosas y la existente entre los hombres en cuanto vinculados por las cosas, todo lo cual constituye el orden de la economía, queda sujeto a una regulación política, ya que la procura de los bienes económicos debe sujetarse al mejor desenvolvimiento de la persona, el cual exige a su vez la vida social. La regulación política de la economía ha de contemplar por tanto la recta ordenación del ser de la persona y de la sociedad.

JUAN MIGUEL BARGALLÓ CIRIO.

Ver NUESTRO TIEMPO N.º 4, "Hombre, Sociedad y Tiempo".

ANALOGIA DE LA HISTORIA

LA RECONQUISTA

El equilibrio pactado en Utrech (1713) se hizo a costa de la seguridad de España y en beneficio efectivo de la piratería inglesa.

La influencia monopolizadora del naciente capitalismo anglosajón tornóse más notoria, en el Río de la Plata, a partir de 1750. Y así fué. Porque en definitiva, la creación del Virreinato del Río de la Plata y la paz de San Ildefonso con Portugal no amenguaron la influencia de Inglaterra en estas latitudes. Por el contrario, el Reglamento del Comercio libre promulgado por el virrey en 1778 y las facilidades otorgadas al comercio exterior en 1791 y en 1795, permitieron a los barcos ingleses que antes hacían el contrabando por la Colonia, entrar directamente al puerto de Buenos Aires sin resistencia alguna.

Había llegado el momento oportuno que buscaba pacientemente S. M. B. desde la caída de los Austrias. A partir de entonces, comenzaron a barajarse toda clase de proyectos oficiales y ocultos en Londres para apoderarse de Hispanoamérica con fuerzas de ocupación. Los más conocidos y estudiados son los planes de Pitt —atribuidos a Miranda— de 1790, y el proyecto de expedición armada a sudamérica (*con la ayuda de los Estados Unidos*) de 1796, que fracasó antes de hacerse a la vela por dificultades de la diplomacia inglesa en Europa.

No obstante está probado con documentos indubitados que: en 1799, 1801, 1803, 1804 y 1805 volvieron a concretarse análogos proyectos en la cancillería británica, obteniendo el apoyo entusiasta de ministros y de prestigiosos militares de la época.

Pero el espíritu y carácter de los criollos en general, era insobornable. El pueblo y sus clases representativas abominaban de sus generosos "libertadores" anglosajones, por piratas o por protestantes. Años más tarde, el presidente estadounidense Mr. Adams declaraba, disculpándose con rabia de aquellos fracasos imperialistas: "El pueblo de la América del Sur es el más ignorante, el más fanático, el más supersticioso de los pueblos católicorromanos del universo; cree que la salvación está limitada a él y a los españoles de Europa; con dificultad se le concede al Papa y a los italianos, y, por supuesto se la niega a los franceses. Para Inglaterra, para la América inglesa y para las otras naciones protestantes, sólo quiere y espera *Bonum inextinguibile, æternum, de leña y azufre*".

Entretanto, la flota franco-penínsular (la aparición de Napoleón y su alianza con los Borbones españoles determinó instantáneamente la guerra de éstos con Inglaterra) es destruida por el Almirante Nelson en la famosa batalla de Trafalgar, el 21 de Octubre de 1805. A raíz de esta victoria, Gran Bre-



taña, dueña absoluta de los mares, pudo por fin realizar sin inconvenientes su meditada expedición de conquista al Río de la Plata, la que zarpó del Cabo el 14 de Abril de 1806. El grueso de la misma llegó a Montevideo el 13 de Junio y, después de embicar en el banco de Ortiz, fondeó frente a Quilmes, lugar conveniente para el desembarco, el día 25.

¿Con qué ánimo recibió la población de Buenos Aires al invasor extranjero, enemigo tradicional de la Madre Patria?

El historiador Carlos Roberts al estudiar la primera expedición de Beresford a nuestra Capital, dice lo que sigue: "El vulgo los miraba como *hereses* y capaces de aplicar sus leyes intolerantes si llegaban a dominar, y la Iglesia no titubeaba en proclamar sus guerras como religiosas. Muchos de los ingleses que formularon planes de expedición a América, lamaban la atención del gobierno sobre esta dificultad, y proponían formar y enviar cuerpos formados puramente por católicos, tanto oficiales como tropa, en lo que no les faltaba razón... los soldados irlandeses católicos desertaron en gran número en Buenos Aires y Montevideo, y muchos se juntaron con la tropa criolla, haciendo sin duda propaganda anti-inglesa".

Fué sin duda el viejo espíritu de la *Contra-reforma* que armó el brazo de los criollos de ambos sexos, en las victoriosas jornadas de 1806, haciendo posible el milagro de la Reconquista de aquel Buenos Aires heroico. El denudado con que lucharon nuestros antepasados porteños en aquella prueba de fuego, fué admirado por todas las clases sociales de Inglaterra y, la repetida hazaña, causó asombro en Europa. El general Whitelocke, procesado por el gobierno de Su Majestad, en uno de sus alegatos de descargo, declaró: "la resistencia de los habitantes del Río de la Plata había sido de una resolución y de una constancia admirables, sin que pudiera esperarse cosa igual ni del entusiasmo religioso y patriótico, ni del odio más inveterado e implacable".

Y bien. El pueblo de Buenos por sí, y no un ejército español, logró de Beresford la capitulación militar, valiéndose de Liniers, que era a la sazón su jefe de guerra. Este último, eficazmente secundado por el joven Pueyrredón y Martín de Alzaga, como se sabe, encarnó aquí en esos días terribles el despertar *tradicionalista* de los principios here-

dados y de la soberanía y autodeterminación política en el Río de la Plata.

Liniers, Pueyrredón y Alzaga: patriotas los tres a carta cabal; jefes temerarios en los momentos de peligro común; fieles a la voz de la tierra. Hombres necesarios por tanto. Precursores de la Independencia Nacional y caudillos sacrificados de nuestra Historia Grande.

Consecuente con ellos, aquel glorioso 12 de Agosto de 1806, confundido en la meznada de bravos voluntarios que reconquistaban la Capital del Virreinato de las garras de Beresford, peleó el niño de trece años Juan Manuel de Rosas con "una bravura digna de la causa que defendía". Consta el hecho en carta de felicitación que Liniers envió a la madre del muchacho, Doña Agustina López de Osornio, el día 13, publicada por Saldías en el T. 1.º de su "Historia de la Confederación Argentina".

"También en estas invasiones inglesas al Río de la Plata —comenta Juan Zorrilla de San Martín— nos encontramos con un capitán o ayudante mayor, José Artigas, quien, hallándose enfermo, al ver que su regimiento se queda de guarnición en Montevideo cuando sus camaradas han partido a la reconquista de Buenos Aires, ruega al gobernador Huidobro que le permita incorporarse a la gloriosa cruzada. Huidobro accede; le da un pliego para Liniers. *Artigas cruza solo el río; alcanza la expedición, cuando ésta va a expugnar a Buenos Aires; pelea en los Corrales de Miserere, en el Retiro, en la Plaza Victoria. Rendido el inglés, es él quien se presenta a Huidobro en Montevideo con el parte de la victoria; ha pasado el río en una barca; ésta ha naufragado, y el animoso tripulante, desnudo como el heraldo de Maratón, ha ganado la orilla a nado, con la feliz noticia*".

Así termina la primera invasión inglesa, con una capitulación británica y una victoria criolla. Impotentes de avasallarnos con las armas al desnudo, los agresores nos dejan, sin embargo los gérmenes de su ponzoña herética y mercantilista en el país. ¡Cuidado!

El establecimiento de las primeras logias masónicas entre nosotros se remonta a ese año crucial de la Reconquista, precisamente. La tan mentada "Estrella del Sur" se fundó al poco tiempo, y otra denominada "Hijos del Iram" constituyóse inmediatamente después. Mediante tales instrumentos de acción, el tenaz Enemigo consigue infiltrarse poco a poco, hacerse de adeptos, sobornar funcionarios y congregar a comerciantes con intereses contrarios al proteccionismo imperante, organizando con paciencia y habilidad una especie de sutil "quinta columna" en el corazón de Buenos Aires.

Y todo, por dormirmos confiados sobre los propios laureles.

Ayer como hoy, según se ve, surge patente la conducta arcaica y farisaica de nuestros "amigos" y "buenos vecinos" anglosajones. ¿Analogía de la Historia...?

FEDERICO IBARGUREN.

A FORISMO

ESPIRITU CONSERVADOR

Necesarias y fecundas en la primera juventud, las moliciones bruscas y profundas cárganse de peligros y de riesgos en el adulto, tornándose mortales aberraciones en la vejez: la fiebre que cura al niño aniquila al anciano. ¿Quién niega que la humanidad se inclina hacia el ocaso? Ha pasado la edad de las revoluciones fecundas. El otoño no puede remedar impunemente la ebullición de la primavera. En el siglo XX el espíritu melancólico confúndese con el espíritu del sepulcro: recuerda los desatinos de un anciano enamorado... El porvenir de la humanidad consiste, ahora, en prolongar, en ensanchar, y purificar la tradición, en *madurar el pasado*.

GUSTAVE THIBON.

EN LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

¡Gocémos todos en el Señor honrando a la Dulcísima Virgen María por cuya gloriosa Asunción regocijarse los Angeles y alaban al Hijo de Dios. ¡Cómo no alegrarnos cuando en este agosto Misterio, que implica y compeñía todas las maravillas de la Redención, celebramos el más señalado triunfo de la Misericordia? ¡Cómo permanecer indiferentes cuando el Sagrado Corazón del Señor obtiene consuelo inigualable, que cubre con creces los sinsabores y padecimientos sufridos para el hombre? ¡Cómo no gozar al contemplar el prodigioso retorno de la Mujer a un Paraíso tanto más excelente que el perdido en la Caida cuanto María, Madre de la Vida, sobrepasa a Eva, Madre del Pecado?

El triunfo de María es nuestro triunfo. Cuando el Señor quiso hacerse nuestro Hermano se hizo Hijo de Ella. Juntó así en el seno purísimo de María la naturaleza divina con la humana, y se colocó al alcance del hombre. En la hora solemne de la Crucifixión, para ratificar públicamente la función mediadora de su Madre, nos hizo a todos hijos de Ella, y el Apóstol predilecto, que allí nos representaba, la llevó consigo para siempre: desde entonces donde está María está el Camino, la Verdad y la Vida, y están los fieles unidos en Cristo. Por eso la Asunción a los Cielos de la Santísima Virgen y su Coronación como Reina y Señora de todo lo Creado es prenda de nuestra unión con Dios y, por consiguiente, de nuestra eterna salvación.

Diseminados por los cuatro puntos cardinales, los Apóstoles y Discípulos del Señor se hallaban en plena tarea evangelizadora cuando, respondiendo a un secreto llamado del Espíritu se congregaron en Jerusalén. Había llegado el momento elegido por el Hijo del Hombre para glorificar a su Santísima Madre, y convenía que estuviesen presentes los testigos de la Redención. Faltaba Santiago el Mayor, años antes martirizado, pero ya el Santo había visto con sus propios ojos mortales el triunfo de Nuestra Señora cuando, como en un nuevo Tabor, se le apareciera en tierras de España. Rodeada, pues, del Colegio Apostólico, dejó la Dulcísima Virgen esta vida, y su muerte más que muerte fue una "dormición", ya que su cuerpo immaculado no vió la corrupción (¡ni tenía por qué sufrirla!); colocado en el sepulcro fue unido nuevamente a su alma y, en alma y cuerpo, Nuestra Reina y Señora fue transportada por mano de los Angeles a lo más excelso de los Cielos. Entre lágrimas de gozo, embelesados por los aromas y músicas angélicas, pudieron constatar los primeros cristianos el maravilloso portento.

Por encima de los Tronos, de los Serafinos y de los Querubines, Nuestra Santa Madre está al lado mismo de la Santísima Trinidad. Allí su Corazón Inmaculado incesantemente reclama misericordia para nosotros sus hijos, y, con su sola presencia, recuerda a Jesús, Hijo Eterno del Eterno Padre e Hijo también de Ella, que es nuestro Hermano. El poder impetratorio de María no tiene así otros límites que los del amor sin límites que a Ella profesa su divino Hijo. . . ¡Verdaderamente por Ti, oh María, nos han sido abiertas las puertas del Paraíso!

La devoción a María Santísima es indicio cierto de salvación. Como Madre celosa del bien de sus hijos, desde esta vida Ella les asegura y guía para la Eternidad: aleja el vicio, disipa las pasiones y destruye las herejías. El hombre que la rinde culto puede esperar confiado la hora de la muerte, pues Ella jamás abandona a sus devotos; hasta el farfante que usurpando el nombre cristiano reniega de Ella contará con su Corazón maternal para alcanzar la gracia de la conversión. ¡Y los pueblos que la veneran, a seme-



janza de los individuos, pueden estar seguros de que Dios ha puesto su mirada misericordiosa sobre ellos y que en sus planes providenciales, les ha señalado una misión que ha de cumplirse a pesar de cuantos obstáculos pretendan oponer las fuerzas del Mal. No en vano ha triunfado Nuestra Señora sobre el Pecado y sobre la Muerte!

Esta tierra nuestra fue arrancada al Enemigo por y para Ella. En su nombre fueron edificadas ciudades y se cultivaron los campos. Bajo su protección lucharon contra el salvaje y contra el hereje nuestros antepasados, y cuando decidieron levantar aquí un Estado soberano lo cobijaron bajo su manto. En tiempos en que la indiferencia o la apostasía parecían adueñarse del país, en torno de Ella se congregaron los buenos argentinos que mantuvieron el fuego sagrado de la vocación nacional; y hoy, como ayer y como siempre, Ella es nuestro amparo, nuestra razón de ser, nuestra Reina y Señora. . . ¡Gocémos, pues, en el Señor honrándola en el glorioso misterio de su Asunción y celebremos con júbilo su triunfo inefable!

SANTIAGO DE ESTRADA.

CULTURA Y EDUCACION

La cultura es un estado de perfección en la línea humana del saber, del obrar y del hacer; comporta madurez. Madurez de las facultades que sólo se alcanzan, cuando sus virtualidades operativas se han convertido en hábitos. Los hábitos —cosa muy distinta de costumbres o rutinas que son mera mecánica—, son una fuente de valores vitales, cuyo enriquecimiento se acrecienta con su uso, siempre que sea éste también vital.



PRIMERO DE LOS SALMOS

Voz del río que ata las espigas:

Dice el pecador:

—A fin de que mis labios manen olivados en la tarde,

Torre Potente, ampárame;

Río de Violetas, óyeme:

Aicé una roca de plumas y dije:

—Soy eterno.

Pero lo que va a la eternidad se hace minuto.

Minuto soy en tus obras y al escuchar la voz del relámpago he temblado.

Oía los címbalos de los árboles,

los timbales,

y he aquí que llega el otoño

y rueda y se despeña torrencioso

y es el futuro sepulcro, el osario,

que resuena en la tarde como una sola trompeta de cobre,

clamorosa.

Y el oro de la mortandad viene y lacra las paredes

y deja la lepra joyante de sus lámparas melosas,

de sus olientes galerías.

Como se abrieron mis ojos,

cortaron mis cejas, abrieron mi frente,

y vi su leviatán negro y asqueroso,

mojado como el hielo.

Dios mío, mi Dios,

Trono de Dulzuras, Escudo sin tiempo,

ámame, ama al mendigo,

defiende su causa que tiembla

igual que el molle en los Andes cuando canta la tormenta.

Piedad, Trueno Musical,

y óyeme,

bailaré en los ríos y en las hojas del aire,

pero guardaré las columnas, amaré la piedra,

iré con los ojos y en las venas

mas quedará en la mano y en el pecho:

porque nada de lo que pasa es malo, malo es perder de lo que

queda.

BASILIO URIBE.

La cultura —para merecer el nombre de tal, es decir madurez del espíritu— debe dar frutos que procedan de las fuentes vitales del hombre. Pero, para que ello así acontezca, es necesario que esas fuentes hayan sido previamente enriquecidas desde fuera. Enriquecidas vitalmente, esto es, no por una mera ingestión de conocimientos sino por una comunicación tal que, después de haber sido ellos asimilados multipliquen las fuerzas originarias y las hagan capaces de energías inéditas.

La formación cultural exige una comunión de espíritus, una coincidencia y encuentro de vidas; porque el saber profundo, vital, es aquel que, para su aparición, ha tocado aquel



punto de engarce del alma con sus facultades de donde surge la concepción unitaria de la vida; en último análisis, es una comunicación de vitalidad social. Por esto es tan fuerte y tan ineludible el poder de un medio social. Impregna a los individuos, por todo cuanto les ha comunicado en la modalidad y en la substancia de los conceptos, de los afectos, de las percepciones, para recibir luego de ellos, lo que, en cierto modo, les ha dado. Si alguien, viniendo de otro predio, quisiera permanecer impermeable a las influencias del nuevo medio, tendría que aislarse totalmente; y si, en cambio, quisiera influir sobre él y modificarlo, tendría para ello que transmitirle su propia vitalidad, a través de las condiciones y características de ese mismo medio. Lo cierto es, que no se opera comunicación de almas sino a través de una comunidad vital, de una coincidencia común. Por ello, el lenguaje que es el vehículo de comunicación está tan cargado de cambiante vivencia social.

La cultura es necesariamente vitalista. Y por lo mismo ha de serlo la educación que no es sino la información de la cultura, en sujetos capaces de adquirirla. Si la cultura comporta madurez, la educación supone cre-

cimiento y un moverse de la imperfección a la perfección de la cultura. La educación es, entonces, también necesariamente vitalista.

Si se examinara con detención, la ineficacia y el fracaso de pedagogías y de pedagogos, dotados de excelentes doctrinas, de buenos propósitos, de ingeniosos métodos, llegaríamos a la conclusión de que en la falta de conexión con lo vital radica la causa de tales fracasos.

La orfandad de historicidad, he ahí el mal de muchas pedagogías en las que se respetan los valores eternos del hombre, su metafísica y su teología.

Porque es cierto que el hombre no es pura movilidad. Que es una esencia con un destino y que, en definitiva, toda la tarea educativa debe terminar en un gran éxito de los valores permanentes, de su eternidad. Pero allí está precisamente la cuestión; que la pedagogía es la conducción de alguien que se mueve en el tiempo, y a través del tiempo y anda sumergido en el tiempo. Y nada le llega al hombre que no sea envuelto en el tiempo. Luego, lo eterno le llega a través del tiempo. Pretender que lo eterno le llegue a través de lo eterno, es pretender que no le llegue; pretender que le llegue a través de lo anacrónico, es pretender asimismo que no le llegue. Un saber, un obrar y un hacer ahistóricos son la negación de la pedagogía.

* * *

Estas reflexiones se le hacen a uno presentes cuando advierte el magnífico despertar a realidades más hondas que se obra en las nuevas generaciones. Hay un tomar conciencia del destino del hombre, del hombre-individuo, del hombre-familia, del hombre-nación, del hombre-humanidad. Hay sobre todo un fuerte y nuevo sentido de la responsabilidad por el niño, el adolescente y el joven de hoy, que serán el hombre de mañana. Y para educarlos se piensa restaurar los valores permanentes de la metafísica y de la teología, volver a la frecuentación de Aristóteles, Santo Tomás y los clásicos y hacer resurgir el sentido heroico de la vida.

Todo ello es exactísimo. Pero si no se dice ni se hace más que esto, se incurre en un gravísimo peligro que, por resultancia, va a poner en peligro, este magnífico intento de restauración de los valores permanentes.

Porque si presentamos esta restauración como una cosa en sí que ha de suplir todo un modo de vida irremediablemente execrable, y no abrimos, en cambio, el ancho y nuevo panorama de las conquistas reales de la vida moderna, y sobretodo su incontenible dinamismo, que, aun para continuar existiendo, exigen y claman por su integración en aquellos valores permanentes, nos exponemos a fracasar, por no haber sabido superar el reaccionarismo.

He aquí lo que se debe denunciar seriamente, en estos momentos, en que se trata de imprimir una nueva orientación a la enseñanza primaria, media y superior del país. Pudiera percibirse en la adopción de algunas medidas a criterios, en la designación de catedráticos, en los tópicos y tono de algunos discursos, aun de los pronunciados recientemente en la inauguración de la Escuela Superior del Magisterio, en el Luna Park, un poner el acento en la vuelta a valores del pasado.

Grave peligro. Se olvida que si la metafísica y la teología han de prender en lo social del hombre moderno, si han de morder en su alma, ha de ser por VÍA CULTURAL; es decir, como algo reclamado por sus actuales condiciones existenciales, por su actual historicidad.

Esta es la gran tarea de pensadores y dirigentes. Presentar los valores eternos como solución no meramente abstracta sino vital de las angustias del desgarrado hombre moderno.

JULIO MEINVILLE.

INMIGRACION Y RADICALISMO

I.— LOS INMIGRANTES

Los inmigrantes vinieron al país en grandes masas. 1890, 1895, 1900, 1905, 1910... Centenares de miles de hombres y mujeres extranjeros, llegaron, las horas postreras del viaje acodados sobre las bordas de los últimos veleros y de los primeros trasatlánticos, soñando sus sueños de hombres de la tierra. Venían de todas las regiones de Italia y de España; también venían de otros países. No vamos aquí a cantar un himno a esos hombres que harían la grandeza material de la patria, sino a señalar solamente las fechas y el volumen de su avalancha: la curva creciente, los trajes pintorescos, las lenguas diversas, la esperanza múltiple e incierta, la aldea grande haciéndose metrópoli inmensa, la transformación colosal del país, la pujanza de las cifras, el hormigueo interior de asentamiento y aposentamiento, el crecimiento de las poblaciones, la extensión de la red ferroviaria, ríos de cereales, inmensos rebaños, problemas de mejoramiento de las haciendas, problemas económicos, problemas sociales, problemas de toda clase desde 1890 a 1912 y aún mucho después, aunque los inmigrantes posteriores ya son de otra fisonomía moral.

Los dueños del país no eran indiferentes a todo el cambio que se producía en torno suyo. Esperaban beneficiarse con él. Si los inmigrantes soñaban muchísimos sueños chicos de grandeza individual, los amos de la tierra soñaban grandes sueños de poder y riqueza. Fueron huéspedes hidalgos, como convenía a su estirpe y condición; demasiado hidalgos, porque no vacilaron en hipotecar el futuro moral de los argentinos en homenaje a un absurdo prurito de delicadeza extremada y mal entendida, a fin de que los recién llegados no sufrieran en su fe. Esto fué asombroso: la fe de los inmigrantes o coincidía con la del país o no existía; y la fe que existía, la del país, la de los dueños de casa y de la tierra, fué sacrificada en balde, y con ella, la que traían los inmigrantes, hasta tal punto que a éstos les debió parecer efecto del aire de las pampas: la religiosidad europea, profunda y sincera, se quemaba y se desvanecía muchas veces, casi siempre en aquella época, al afincarse sus hombres en estas tierras sueñas de América.

Además, cundió entre los aristócratas argentinos una ola de pacifismo mental que obró curiosamente y colectivamente en el consejo familiar que orientaba las vocaciones de sus hijos. Así, pues, los patrios abandonaron a los hijos de los inmigrantes dos carreras sublimes: la de las armas y la eclesiástica, llenadas por los hijos de los inmigrantes por cierto que con la misma antigua dignidad con que las cubrieron de gloria y santidad las antiguas familias que cedieron su privilegio a los nuevos apellidos; hoy, obispos y generales, llevan en su mayoría apellidos italianos y si llevan apellidos españoles, pocos hay de éstos que sean de las "gens" patricias. ¡Ay!, como escribían los románticos: las "gens" se transformaron en oligarquía, e hicieron de sus hijos abogados al servicio del capitalismo extranjero que anida usufructuar el país.

Volvamos a los inmigrantes que llegan a nuestras playas.

Pensemos que los inmigrantes eran hombres, con sus pasiones y con sus ideas; con sus buenas y sus malas pasiones y sus buenos y sus malos deseos y sueños; y que las ideas, en definitiva, se reducen a ideas filosóficas, políticas y religiosas. Hombres ilustrados, ya fuesen ex-seminaristas fracasados o universitarios proscritos, los habla y muchos, en esos millones de inmigrantes: eran la resaca de las luchas políticas y religiosas



de Italia, de Francia, de Portugal, de Austria, de España; pero esos muchos eran una minoría en la inmensidad de los recién llegados que, en una proporción aterradora, aterradora para el pensar directivo de la época, eran analfabetos. Así, pues, las ideas filosóficas y políticas de la mayoría eran muy reducidas o muy pobres o muy alteradas; campo sin duda propicio para las sencillas doctrinas revolucionarias de entonces. Pero no nos equivoquemos: esa mayoría, que era la resaca de la mala constitución social y política de los pueblos meridionales de Europa, una resaca sana, por lo demás, excelente tierra negra para la futura raza neolatina en el país, apenas llegó, comió bien y se vistió mejor que en sus tierras respectivas, y olvidó en el estómago la ideología extrema de su época. Por eso la población futura será poco socialista y muy mucho radical.

Nosotros no creemos que la inmigración importara una tercera resaca de gente carcelaria y deshonesta (ya un adjetivo para cada sexo) porque los efectivos reales de esta capa humana no tienen valor social; la buena tierra los fija a la gleba o las ciudades los agregan a los promedios habituales de población indigna que existen en todas las naciones.

He aquí, pues, a los inmigrantes venidos y llegados, ocupados en el país y también ocupadores del país; distribuidos en las provincias y en los territorios y en las tareas propias de sus afanes: chacareros, quinteros, almaceneros, panaderos, sirvientes, albañiles, ferroviarios, bolicheros, cocheros, jornaleros; y los de la minoría intelectual, maestros particulares, profesores secundarios, dueños de "conservatorios" de música, periodistas en tierra adentro, periodistas en la Capital, idóneos de farmacia, médicos y dentistas sin revalidarse en los pueblos pequeños y hasta algunos ex-curas en funciones de Consules de Italia o de Francia en ciudades lejanas.

Centenares de miles de hombres y de mujeres que trabajan y progresan y algunos cientos y aún miles que fracasan y perecen por ley de la vida.

Hétenos aquí la inmigración que en masa trabaja y prospera y se enriquece; los hombres toman mujeres, inmigrantes unidades femeninas que pueden ser o no del país e idioma del varón: todos se aparean; muchos, como decimos, con elementos extraños a su propio origen: genoveses con andaluzas, catalanes con suizas, castellanos con napolitanas, franceses con austríacas, todos con argentinas. Sangres de diversos grupos hemáticos pero de una misma ascendencia latino-germánica; ensamble caleidoscópico de la Europa de cultura greco-latina en la que auténtica y legítimamente entronca el país; crisol perfecto y exacto, deseable y providencial, cuya ejecutoria de limpieza de sangre sólo se va a ensuciar con la inmigración posterior.

Pero en el interin la inmigración sigue trabajando y progresando y enriqueciéndose y apareándose y reproduciéndose. Su pro.

ducto es el "natural del país" que seguimos oyendo en las proclamaciones matrimoniales en las iglesias.

"El hijo del inmigrante" no es el título de un melodrama de la época de la inmigración. Es una clase social; una nueva clase social en la Argentina. El hijo del que fué inmigrante antes de 1914 no tiene las mismas características del inmigrante, aunque sea, verdad de Perogrullo, producto del inmigrante. Pero es que es ya argentino y tiene una nueva fisonomía psicológica, ya que moral no la puede tener, porque le han escamoteado la moral en su formación moral.

El hijo del inmigrante es múltiple, poderoso, desunido y unido a la vez en la masa, como sus padres, y como sus padres es, primero, una marea; es, luego, un mar; y es, por último, un océano que ocupará casi toda la Argentina. Hoy, casi toda, casi enteramente toda la Argentina es hija o es nieta y en todo caso tataranieta, del inmigrante.

La nueva clase social se estructurará en la clase media argentina, a la que transformará típicamente, pero de un modo amorfo como clase social.

La clase media anterior, tomada en Buenos Aires antes de 1890, es menos típica, pero con más individualidad de clase. Está constituida, por ejemplo, por las familias de los profesionales y pequeños rentistas y pensionados porteños de apellido español, que no hay que confundir con los de la aristocracia, aunque tengan mucho de señorío criollo de ésta; por las familias de los políticos de tierra adentro a quienes sus funciones legislativas o su viveza han llevado a la capital; por ricos tenderos españoles de cortesía amañada o por enriquecidos constructores o acaparadores de granos, ilícitos, de detonantes maneras, y cuya mayor aspiración social es ser presidentes de clubs sociales de la colectividad o de asociaciones colombofilas.

La nueva clase social está completamente organizada en las fiestas del Centenario de la Jura de la Independencia. Sus tipos característicos son numerosísimos; la educación sosa del normalismo argentino constriñe la guaranguería natural de la inmensa clase; sus aspiraciones como individuos son heterogéneas y complejas. Pero como clase social, como colectividad, no aspira a nada. Es decir, aspira a algo que en el fondo es nada. Aspira y conseguirá el sufragio. El sufragio por el sufragio. Elegir, elegir, elegir; esto es, elegir lo que ya ha sido elegido, elegir lo que le imponen los doctores de la política.

Cuando se le haya pasado el sarampión de las urnas o cuando le quiten el terrible juguete del sufragio, la nueva clase social buscará el sustituto de los comités y de los atrios y lo hallará en ver cómo veintidós ganapanes se las arreglan para meter una pelota en unos arcos de madera. Las camisetas de los clubs sucederán a la boina de los partidos. Y los varones de la nueva clase social se trasladarán en masa los domingos a las canchas de foot-ball, por supuesto que despreciando su misa dominical, casi sin almorzar con los suyos, dejando solos, en la casa de arrabal o en el departamentito céntrico a los viejos o a la mujer y el hijito, solos en el terrible aburrimiento de la tarde de fiesta, aburrimiento apenas roto, desde 1924, para la mujer, por los tangos que se desgranaban del aparato de radio. Y la inmensa clase social vuelve cansada los anochececeres de domingos, cansada de su propio herrear, cansada de su propia grosería, cansada del viaje dificultoso en los vehículos de la Corporación de Transportes que hicieron aquellos elegidos que les hicieran elegir mediante el sufragio. Los varones de la inmensa clase social tienen, además, como se dice en su jerga, un "hobby" intelectual, crítico. En la oficina y en el taller, comentarán de lunes a miércoles los resultados de los partidos del domingo y de jueves a sábado preferirán las alternativas de las próximas jugadas. Pero esto ya es historia contemporánea, que no

interesa por muy sabida. Lo interesante es ver a la nueva clase formarse en política, hacerse poder. Esa transformación no acaece en 1890, como creen muchos. El radicalismo de 1890 no está condicionado por la inmigración como el "radicalismo de mañana", un mañana que es un ayer, pues alboraa después de las fiestas jubilares de 1910, alcanza su apogeo en 1916 y concluye en el vacío en 1930 y no será más; pues que una nueva educación espiritual se inicia para el país hacia 1928. En ese año unos espíritus selectos escriben en una revista cosas muy finas y muy hondas; y en 1931, se funda un diario por un cura doctrinario de la verdadera política. La semilla está volcada sobre el humus de las inteligencias captadoras. No interesa ahora saber la suerte de esa revista y de ese diario. Otras publicaciones, otras revistas, otros diarios, siguieron a los primeros y se fué haciendo una conciencia argentina sólida, con altibajos y con dificultades y aún con algunas oscuridades que tapan la luz. La semilla ha dado muchos frutos y el campo feraz se cubrirá de más y más espigas de buen cereal.

Pero busquemos la justicia en todo. Veamos con simpatía todo lo bueno que había en esa tierra negra fecunda de la inmigración. Miremos cómo era de sano, constitucionalmente, al examinar cómo era de ingenuo el movimiento radical. Veamos cómo la *trahison des cleres* nos alcanzó y cómo los renunciamientos de los señores de la casa fueron causa eficiente y motivo de mantener al gran movimiento en su inanidad. Estupidez, papanatismo, guaranguería. Cierta. Tres matices de un solo mal profundo: falta de educación moral, extirpación maligna del sentido religioso. Si la ley de educación común de 1884 no hubiera alcanzado de frente al Radicalismo y no le hubiera modelado, nuestro pueblo sería hoy un pueblo mucho más perfecto y más sabio que lo que le han hecho. Tenía pasta para ser un pueblo verdaderamente sagrado. Porque es un pueblo moral y religioso, al que sacaron la sustancia de su religiosidad. ¡Justamente al pueblo que iba a heredar todo lo sano y todo lo fuerte de las sangres de nuestra Europa católica y latina: la sangre roja de los mejores pueblos blancos; la sangre de la mejor cultura elaborada por los siglos en las más poderosas mentalidades de la raza clásico-germánica!

TOMÁS DE LARA.

ECONOMIA

LA DEFENSA NACIONAL Y LAS INFORMACIONES ESTADISTICAS

La planificación y coordinación de un programa de acción integral impone el conocimiento preciso y actual de todas las actividades que constituyen en conjunto la vida total de la Nación, y la organización de la defensa nacional que es una tarea vasta y completa, requiere además la coordinación de una serie de medidas preparatorias y la adopción inmediata de innumerables previsiones que pueden dar a la Nación el ritmo acelerado que requieren los acontecimientos.

En tiempos normales las informaciones estadísticas marcan el pulso de la Nación, señalando el ritmo de todas sus actividades. En épocas de anomalía o de dificultades políticas o económicas, esas informaciones se hacen indispensables, pues el conocimiento preciso del panorama general de un país desde el punto de vista natural y humano constituye el elemento necesario para estructurar sabiamente planes de emergencia y adoptar sin caer en improvisaciones peligrosas las resoluciones inmediatas que exige la circunstancia.

En Estados Unidos con motivo de la guerra 1914-1918 se realizó una campaña tendiente a intensificar y ampliar los organismos estadísticos encargados de recopilar, recoger, analizar y facilitar la documentación necesaria al esfuerzo de guerra. El Sr. Allen A. Young presentaba a fines de 1917, por intermedio de la American Statistical Association que decía entre otras cosas: "...en esta emergencia existe el deber de apelar en primer lugar al stock estadístico actual de todas las oficinas gubernamentales



tales y nos hemos dado cuenta, quizá por primera vez, lo calamitosamente incompleta e inadecuada que es nuestra estadística general... con nuestros últimos datos de población que ya tienen siete años y con los resultados totales de los últimos datos estadísticos de industrias... y sin ninguna información de todo lo referente al importante campo de los negocios, nosotros estamos en una situación de completa desprevención" (1). Si eso pudo decirse en Estados Unidos adonde son innumerables las organizaciones estadísticas y adonde se realizan con métodos científicos y con una experiencia de 160 años, censos generales decenales, y se efectúan con renovada frecuencia investigaciones estadísticas especiales, qué no podremos decir nosotros con un último censo general de más de 30 años y con una imprecisa organización estadística dispersa y desarmónica.

Felizmente el levantamiento del Censo General ya ha sido dispuesto, y por una acertada iniciativa que ha venido a llenar una sentida necesidad, se ha creado el Consejo Nacional de Estadística y Censos, y designado a sus componentes.

Los múltiples problemas de la defensa nacional exigen sin duda una vasta y variada cantidad de datos que sólo puede proporcionar un Censo General, pero no será posible detener el estudio y la solución de problemas fundamentales inmediatos esperando para resolverlos el levantamiento del mismo y la revelación posterior de sus resultados. En lo que se refiere a población con sus características y atributos más sobresalientes, interesa conocer lo más rápido y aproximadamente posible, el elemento humano de que dispone el país y sus condiciones y posibilidades.

A esta tarea inmediata y urgente deberá sin duda avocarse el Consejo Nacional de Estadística y Censos simultáneamente con la preparación del Censo General que dará en definitiva cuál es en realidad la situación de la República, en todos los órdenes de su economía.

La colaboración uniforme de todas las oficinas estadísticas del país en un esfuerzo intenso y armónico, ha de poder ofrecer sin duda y a pesar de todos los inconvenientes propios de la improvisación y de la urgencia, una valiosa información de los datos más necesarios al programa de la defensa nacional.

Instituto Alejandro E. Bunge, de Investigaciones Económicas y Sociales.

(1) National Statistics in war and Peace, March, 1918.

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

LOS TEMAS DE HOY

y el

PENSAMIENTO TRADICIONAL

Dirige Julio Meinvielle

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

RESEÑA DE LECTURAS

LO QUE ES, por G. K. Chesterton. Trad. de Ernesto Palacio. Editorial La Espiga de Oro. Buenos Aires, 1944.

Citar a Chesterton de memoria es siempre un ejercicio recomendable; porque de ese modo se agrega a la exactitud de sus ocurrencias algo de la propia ecuación personal. Como pasa con el vino que es de diferente gusto en cada distinto paladar o con el mar que cada uno lo ve, lo oye o lo gusta a través de su temperamento. Mar y vino, dos cargados ejemplos para recordar a Chesterton.

Creo que en su *Autobiografía*, a propósito de no recuerdo qué cosa, nos dice que "nuestros padres pedían extensamente a la cerveza lo que nosotros pedimos intensamente al whisky". No pretende apolojar la embriaguez, según pienso, sino comprobar una experiencia para él personal y seguramente para otros.

Los tenaces lectores y amigos de Chesterton, encontramos en esa referencia, citada a vuelo memoria, un principio de valoración comparativa para estimar sus libros: cerveza serían en esta clasificación arbitraria y chestertoniana, su *Hombre eterno*, su *Santa Tonda*, su *Esfera y la Cruz*, su *Napoleón de Nothing Hill*, su misma *Autobiografía*, su *Regreso de don Quijote*; libros refrescantes, gratos, a veces difusos, calmosos, que pueden ser leídos espaciadamente. En la categoría del whisky pondríamos a *Ortodoxia*, *Hombrevidia*, *San Francisco*, *El Caudal del P. Broen*, *Heréticos* y sobre todo, recientemente en nuestra lectura, a *Lo que es*. Licores de diferentes marcas y calidades, que suben rápidamente a la cabeza. Bebidas sin espuma que despejan y agrandan la inteligencia y que —apartándonos del simil— pueden ser apuradas con provecho y sin peligro.

Lo que es, volviendo a la comparación que le hubiera sido grata, es un gran vaso de tonificante "old liqueur" bien añejo, que puede beberse en 35 pequeños sorbos o capítulos, llenos de densidad y de agudeza. Escritos y armados contra la especial dureza mental de sus consularios, tienen, sin embargo, tal validez universal de alegato contra las desviaciones vigentes en el mundo moderno, en nuestro propio mundo local, que a veces nos parecen blandidos y aducidos por algún contemporáneo "militis militum" castellano.

Belloc (2), que lo conocía y lo situaba como nadie, reconoce entre las virtudes de Chesterton, aquella que es la más rara, dice, entre las virtudes de los escritores de controversia: la de hacer *saltar* de pronto la verdad; pero lo anota como inconveniente —no se atrevió a llamarlo defecto— el de que su bondad caritativa obstaculizó que apareciera en sus escritos "esa cosa acerba, ese mordiente que afila o más bien aguzta todo esfuerzo destinado a la persuasión". Lo reprocha no habernos provisto de suficientes armas para herir y matar la estupidez, pues Chesterton —dice— no hería a nadie y sin heridas no hay batallas ni victorias.

Acerea del género de esas luchas futuras entre la Verdad y sus adversarios, que ya estamos sintiendo sobre nuestras cabezas, bien sobra la penetrante mirada de Belloc. Pero a diferencia de sus otras obras, *Lo que es* contiene la impaciencia de Chesterton. El gran profesor de esgrima del sentido común, aparece aquí como contundente; sin botón de resguardo su florete se hunde en el cuerpo del error y lo atraviesa de parte a parte, cansado de la cortesía que era la flor de su humorismo, harto, sofocado por la estupidez de las supersticiones protestantes. Su sarcasmo punzante descarga golpes a derecha e izquierda, oportuno e impudico, como querria nuestro Apóstol, aquél que recibió la vocación de convertir a los gentiles.

El propio Belloc considera a este libro como el mejor de Chesterton, el más profundo y claro, piedra de toque del sentido crítico y vaticano que, si es leído por la actual generación de su país, ello será señal de que Inglaterra comienza a pensar; pues no ha habido —dice— exposición más perfecta en nuestra época. Este juicio, que en verdad hace superflua cualquier otra ponderación, no requiere para su asentimiento sino la lectura del libro en donde realmente "salta" la verdad a recodo de página, a vuelta de frase, limpiamente captada por la agilidad del traductor que ha podido cumplir una tarea ardua a la altura de las dificultades que Chesterton le iba acumulando a lo largo de los escollos de su prosa chestertoniana: es un gran libro, cuya lectura urge.

M. M.

(2) "Un gran escritor inglés G. K. Chesterton", por Hilaire Belloc. Trad. en castellano. Editado por la Espiga de Oro. Buenos Aires, 1942.

LAS CRUZADAS, Hilaire Belloc. Emecé Editores, Buenos Aires, 1944.

Trata este libro de Hilaire Belloc, casi exclusivamente de la Primera Cruzada, sobre todo en lo que se refiere al aspecto militar y táctico de esta batalla de la cristiandad que duró 90 años.

El estudio político y religioso necesario para completar el cuadro abarca, en potentes trazos, los pri-

meros siglos de la alta Edad Media que Belloc ve, con claridad desde su alto mirador de católico. Esta época constituida por el brillante desbordamiento de potencias acumuladas en la Edad Oscura, por la vitalidad de esos hogares que se consideraban miembros de una liga de naciones del espíritu, es la edad católica por excelencia, porque en ella se gestó un mundo nuevo, de una fuerza y actividad difíciles de imaginar—lo inspiraban motivos sobrehumanos—de la que surgieron a su vez los titanes del renacimiento cristiano de los siglos XII y XIII y del semipaganismo de los subsiguientes.

Por ello es que conforia beber en fuentes tan claras, vivir los hechos de esta edad católica reconstruyéndolos en el margen de la verdad humana, libre de todo acritismo que la deforme o mutila, y grande de todo positivismo historiador y ensayista en su lucha por la rectificación de tantos conceptos erróneos y maliciosos.

Pero para dar fiel interpretación a los hechos ocurridos hace 8 siglos, es menester transportarse espiritualmente a ella. "No podemos comprender qué fueron las huestes cruzadas, ni su lucha en campaña sin saber primero cuál era la sociedad del Siglo XI..." dice Belloc.

Cabe pues preguntarse: ¿Está en condiciones de hacerlo quien no sienta la pasión cristiana y católica? ¿Puede comprender el hombre-balance del Siglo XX o el liberal descreído del XIX, la vida espiritual de un constructor de catedrales góticas o de un cruzado? Evidentemente no.

De disputa mundial califica Belloc el momento his-

tórico de las Cruzadas, que circunscribe a la primera, por sostener que esta epopeya se perdió en la batalla de Hattin en 1187, por tanto los esfuerzos posteriores no fueron sino su epilogo.

Y luego de considerar con un espíritu esencialmente británico el carácter francés de las huestes que la componían, en sus altibajos de debilidad y fuerza, agudamente trata de analizar estos conflictos de la historia considerando que es necesario estudiar primero su motivo inmediato y consciente, luego las fuerzas instintivas en acción, y finalmente la fatal desviación de ambos que da nacimiento a algo que ni atacante ni defensor han querido producir.

"Un tal Mahoma había predicado en el desierto de Arabia" es el comienzo de su descripción del campo opuesto y un trazo vigoroso reproduce su tesis expuesta en su "Crisis de la Civilización" y "Las Grandes Herejías" sobre la expansión musulmana árabe, hasta su debilitamiento y caída en manos de las hordas mongólicas de las estepas asiáticas, que son, según sus propias palabras, misteriosamente ganadas al más terrible y destructor fanatismo islámico, que entre incendios y matanzas arrasó Asia Menor luego de triunfar en Manzikert en 1071, acorralando a Bizancio cercosida por los políticos que medran con los movimientos anti-militaristas, entonces como ahora.

Pasando al campo de la cristiandad dice que ja más podrá explicarse el que contemple el Siglo XI con el turbio cristal del Siglo XX, jamás podrá entender esa Edad Media que luego de examinar miles

de documentos de la época, describe Gastón de Paris: "Nadie piensa protestar contra la sociedad de que formó parte, o no sujeta una mejor construcción; todos querían que fuera ella más completamente aún de lo que debe ser", y es porque funda la autoridad en motivos espirituales superiores y en el orden político es parte esencial de la férrea organización del Imperio Romano unido a la convención moral de la época, creación espontánea del genio popular.

Es así que por la obra de un solo hombre, al solo impulso del Papa Urbano, y al grito de "Dios lo quiere" se encendió la luz que iluminó a Europa.

"El motivo feudal estaba unido al deseo de lucro personal, pero se consideraba erróneamente la época cetera que el deseo de lucro fue el motivo determinante de esos hombres... no hubo uno solo de ellos que no se sintiera digno de la inspiración de la era".

Prueba de ello resultó el hecho de que tomada Jerusalén la inmensa mayoría de los cruzados volvió a sus lares, cuando aún la situación estratégica era precaria, pues no se había conseguido asegurar en las el Imperio mahometano, lo asiático y lo africano, cortando el corredor entre el desierto árabe y el mediterráneo, pues con la posesión de Damasco por el Islam se le dejó franco el camino entre el Anti Líbano y el Desierto para sus comunicaciones; grave error táctico, al que achaca Belloc la pérdida del Oriente para la cristiandad; sostiene que como consecuencia de esta deserción del ejército que con la reconquista del Santo Sepulcro había cumplido su misión, se paralizó el avance y el objeto principal de la cruzada fracasó, ya que sólo pudo subsistir el predominio cristiano en una estrecha faja costera, gracias a la superioridad de la caballería occidental, a la construcción de fortalezas estratégicas, al auxilio prestado por las naves de las ciudades italianas, a la ayuda prestada por los cristianos nativos, a la solidez que dio el campo cristiano su organización en Reino Feudal, y desde luego a la anarquía que existía entre los Mahometanos.

Sin embargo, es de tenerse en cuenta la advertencia que formula Belloc en este y otros ensayos de que es un grave error la creencia generalizada de que el peligro musulmán ha sido eliminado; lejos de ello frente a nuestra sociedad metalizada cuya historia se mide por balance y en que "aquellos que nos dirigen y fan tono a nuestra política no tienen mayores intereses espirituales. Su interés personal es la ganancia particular", "el islamismo no ha sufrido esta decadencia espiritual, y el peligro para nosotros reside en el contraste, en la certidumbre religiosa aun firme en el mundo mahometano".

F. W.

VIDA DE SAN ALBERTO MAGNO, por Juan Prezas Serra.

De San Alberto, el doctor universal, ha dicho Ulrico Engelberto de Estrasburgo (1177): *varro de tal manera divino en todas las ciencias que puede ser llamado estopar y milagro de nuestro tiempo.*

Empero con San Alberto se ha cometido una injusticia histórica casi inevitable (Gilson); tan inseparablemente unido a Santo Tomás por una parte, y por otra inferior al Doctor Angélico en sistematización y en crítica, es razonable que aunque su nombre no se olvide, sus obras y también su vida ejemplar queden un poco sin estudio.

Es un material interesante para asomarse a él el opúsculo del Padre Prezas, escrito en forma fácil, casi elemental, que comprende diecinueve capítulos muy cortos y bien enlazados.

San Alberto es, en muchísimos de sus rasgos, un personaje un tanto legendario que se presta a infinidad de conjeturas; el autor sin entrar en aburridos análisis acepta unas versiones y rechaza otras, cobrando el libro en interés lo que pierde en rigurosidad y escrúpulos científicos.

En suma: un librito corto de lectura amena y provechosa.

H. S. T.

CONCEPTO DE LA FILOSOFÍA CRISTIANA, por Octavio Nicolás Derisi. Segunda edición. Cursos de Cultura Católica. Buenos Aires.

La laboriosidad del P. Derisi nos ofrece en este volumen de 168 páginas una visión completa del problema, tan agitado estos últimos años, sobre si hay una filosofía cristiana y cuáles son sus características, en caso de ser un hecho su existencia. Sabido es que en la elucidación de este problema han intervenido, después que E. Brehier suscitó la cuestión el año 1927 en su *Historia de la Filosofía*, autores tan excepcionales como Gilson, Maritain, Manduyet. El Padre Derisi resuelve el problema dentro de la solución de Gilson y Maritain, captando en precisa la situación especial de la Filosofía moral en el cristianismo y dedicando bellas páginas al concepto de sabiduría cristiana.

Un útil y valioso ensayo para los que desean precisar conceptos sobre filosofía y teología, naturalista y sobrenaturalista, saber especulativo y práctico.

J. M.

COMO ADHESION AL IV CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL

publicaremos en octubre próximo, en un verdadero alarde de superación gráfica

LOS CUATRO EVANGELIOS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

versión de la Vulgata Latina, revisada por el

R. P. José S. Réboli, S. J.

por expresa designación de Su Eminencia el Cardenal Primado doctor Santiago Luis Copello

96 grabados a toda página reproduciendo xilografías

del artista de renombre universal

VICTOR DELHEZ

interpretan el sagrado texto en forma magistral.

Las láminas llevan explicaciones del Pbro. doctor Juan R. Sopich comisionado también por la correspondiente autoridad eclesiástica.

PRECIO ESPECIAL PARA LOS 1000 PRIMEROS SUSCRIPTORES

Un ejemplar de gran formato (40x30 cms.) lujosamente encuadernado \$ 100

Precio posterior de venta \$ 120

Reserve con tiempo su ejemplar por medio del volante inserto al pie.

EDITORIAL GUILLERMO KRAFT LTDA.

Reconquista 319-27 — Buenos Aires — U. T. 31, Retiro 3411

EDITORIAL GUILLERMO KRAFT LTDA.

Reconquista 319

Buenos Aires

Fecha

Solicito un ejemplar de "Los cuatro Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo", estando conforme en abonar la suma de cien pesos m/n. a la entrega de la obra.

Nombre

Domicilio